

¿Y el *primer sexo* que? Des-haciéndonos Hombres. La educación popular como camino a la autodesignación

Luciano Fabbri

Licenciado en Ciencia Política por la UNR – Investigador independiente

Introducción

El presente trabajo se propone reflexionar sobre los posibles aportes de la educación popular, como concepción y práctica pedagógica emancipatoria, al proceso de deconstrucción del modelo de masculinidad hegemónico, en el trabajo colectivo con y entre varones.

Partiendo de la certeza de que, así como Simón de Beauvoir dijera respecto de las mujeres en “El Segundo Sexo”, *no se nace hombre, sino que se llega a serlo*, intentaremos reflexionar sobre la construcción social de la masculinidad dominante, relevando algunos de los aportes que se han realizado desde los estudios de las masculinidades a la conceptualización y análisis crítico de las mismas.

Michael Kaufman; referente teórico en el área de las masculinidades, afirma que “Existe en la vida de los hombres una extraña combinación de poder y privilegios, dolor y carencia de poder. Por el hecho de ser hombres, gozan de poder social y de muchos privilegios, pero la manera como hemos armado ese mundo de poder, causa dolor, aislamiento y alienación, tanto a las mujeres como a los hombres. Esto no significa equiparar el dolor de los hombres con las formas sistemáticas de opresión sobre las mujeres, solamente quiere decir que el poder de los hombres en el mundo (...) tiene su costo para nosotros (...) La existencia del dolor no puede servir de excusa para sus actos de violencia u opresión, pero el reconocimiento de tal dolor es un medio para poder entender mejor a los hombres y el carácter complejo de las formas dominantes de la masculinidad (...) Nos puede ayudar a entender mejor la forma de llegar a ellos con un mensaje de cambio.”¹

Hacerse Hombre: la masculinidad hegemónica y sus inherentes contradicciones.

¹ Kaufman, Michael; (1994) “*Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres*”, Pag 1 y 2.

Llegar a ser Hombre en este sistema patriarcal, supone recorrer un camino que no tiene punto de llegada, perseguir una zanahoria que nunca se alcanza. Esto se debe a que el modelo de masculinidad hegemónico, el legitimado por la mirada Androcéntrica, es sencillamente inalcanzable por la mayoría de los varones de carne y hueso: blanco, occidental, cristiano, proveedor de familia, heterosexual, propietario/consumidor, activo, poderoso. La articulación de la variable género, con la raza, la clase o la orientación sexual, localizadas en tiempos y espacios diversos y cambiantes, es la que determinará el lugar del *varón concreto* en el complejo entramado de subordinaciones que constituye al sistema de dominación múltiple.

Aún siendo evidente la inaccesibilidad de esta *hombría*, es este modelo de masculinidad el que predomina socialmente. Lo llamamos “hegemónico”, ya que la ideología patriarcal dominante ha logrado instaurarlo como sentido común, como imaginario simbólico instituido, a partir de la generación de consenso alcanzada a través de sus instituciones.

Como plantean algunxs intelectuales cubanxs², el imaginario social es el conjunto de significaciones compartidas que definen y regulan lo que será valorado y rechazado, lo normal y lo patológico, lo que es real y lo que no lo es, lo que tiene sentido, lo cuestionable y lo imposible de ser siquiera pensado.

El imaginario social instituido incluye las significaciones que dan cuenta del orden de relaciones instituido o legitimado, y alude a la naturalización de un modo de existencia del sujeto.

Este modo de existencia, conceptualizado como masculinidad hegemónica, se conforma alrededor de la idea de que ser varón es ser racional, autosuficiente y controlador de los otros, dentro de una jerarquía que considera a la mujer como inferior y que no admite diversidad o matices.

El rasgo común de las formas dominantes de la masculinidad es que se equipara el hecho de ser hombre con tener algún tipo de poder.

“Los hombres como individuos, interiorizan estas concepciones en el proceso de desarrollo de sus personalidades ya que, nacidos en este contexto, aprendemos a experimentar nuestro poder como la capacidad de ejercer el control (...) El poder colectivo de los hombres no sólo radica en instituciones y estructuras abstractas, sino también en las formas de interiorizar, individualizar, encarnar y reproducir estas instituciones, estructuras y conceptualización de poder masculino (...)

La interiorización de las relaciones de género es un elemento en la construcción de nuestras personalidades, es decir, la elaboración individual del género, y nuestros propios comportamientos contribuyen a fortalecer y adaptar las instituciones y estructuras sociales de tal manera que, consciente o inconscientemente, ayudamos a preservar los sistemas patriarcales (...)

Mi masculinidad es un nexo, que me une al mundo patriarcal, hace que ese mundo sea el mío y que sea más o menos cómodo para habitarlo (...) Desde el momento en que aprendí, inconscientemente, que no sólo había dos sexos, sino también un significado social atribuido a ellos, el sentido de mi propio valor empezó a medirse con la vara del género.”³

Rodeados de mujeres en nuestra crianza, con las que debemos generar una distancia afectiva y casi reactiva en afán de evitar el contagio de “lo femenino”, y distanciados

² Ulloa Guerra, Meste Malfrán y Pérez Millet, (s/d), “*Ser Hombre en Cuba: malestares, contradicciones e ironías de la hegemonía*”.

³ Kaufman Michael, Op Cit, Pag. 6, 7 y 8.

afectivamente de nuestros padres, que restringen su presencia doméstica al lugar de proveedor y principio de autoridad, aprendemos a ser hombres a partir de 3 principales vías:

- Los medios de comunicación, y la industria del entretenimiento en general, en la cual encontramos superhéroes, niños superpoderosos, adolescentes ganadores y famosos, y galanes mujeriegos y exitosos que imitar. Las mujeres, reducidas a sujetos débiles a quienes proteger, objetos tentadores a los que poseer.
- Grupo de amigos varones; dónde priman las relaciones de competencia, de agresión, de marcada homofobia y objetivación de las mujeres. Allí el varón aprende a relacionarse con otros varones, repitiendo rituales hasta lo grotesco, replegando cualquier deseo o conducta que pudiera ser reprobada por sus pares, sometiéndose a la construcción uniforme de sus identidades masculinas.
- La forma por excelencia del “hacerse hombre”; el rechazo a lo culturalmente entendido como “lo femenino”, reconocido en las mujeres, en otros varones, en nosotros mismos. El machismo en general, y la misoginia y la homofobia en particular, son dos de las formas más comunes en que esta situación se manifiesta. Tomar distancia de “lo femenino” incluye el tomar distancia de una serie de emociones y sentimientos que todos los varones experimentamos, pero que rechazamos avergonzadamente, con culpa, por asociarlas a *la otredad femenina*, que es entendida como inferioridad.

Desde mi punto de vista, es esta subordinación de “lo femenino” lo que constituye las desigualdades entre los géneros en el marco del sistema patriarcal.

En este sentido es que planteamos que no sólo las mujeres se encuentran oprimidas por este sistema, sino que todas las identidades y/o expresiones de género dónde se reconoce la femineidad se encuentran inferiorizadas.

Así las cosas, aquellos varones que no logramos adecuarnos al modelo de masculinidad hegemónica, por no poder cumplir con el rol de proveedores, por ser desocupados, por practicar sexualidades disidentes, por compartir el trabajo doméstico y el cuidado de hijas e hijos, por ser pobres, migrantes, indígenas, también somos subalternizados.

Si bien existen tendencias de los estudios de las masculinidades que buscan visualizar la opresión del hombre con el fin de victimizarlo, y así resistir los avances de las mujeres y otras indentidades de género, nuestra postura se encuentra en las antípodas.

Reconocemos las asimetrías existentes en el marco del Patriarcado y las desigualdades de poder entre varones y mujeres. Pero creemos que dicho reconocimiento debe estar, necesariamente acompañado de una lectura que despeje el hábito de entender al hombre como responsable individual de las relaciones sociales desiguales que el Patriarcado, en tanto sistema de organización social, genera y reproduce.

¿Acaso esto habilita a que los varones nos des-responsabilicemos de nuestra condición de opresores? En absoluto. Lo que esto implica, es que podamos avanzar en una profunda desnaturalización, no sólo de la condición de opresión de las mujeres, sino de nuestra condición masculina, opresora y oprimida.

Deconstruir el itinerario de nuestras masculinidades, nos posibilitará hacer consciente el proceso por el cual, reprimimos sentimientos genuinos, para sustentar una posición de dominio y poder, sobre nosotros mismos y sobre los demás.

“La adquisición de la masculinidad hegemónica (y la mayor parte de las subordinadas) es un proceso a través del cuál los hombres llegan a suprimir toda una gama de emociones, necesidades y posibilidades tales como el placer de cuidar a otros, la receptividad, la empatía y la compasión, experimentadas como inconsistentes en el poder masculino (...) Eliminamos estas emociones porque podrían restringir nuestra capacidad y deseo de autocontrol o de dominio. Las suprimimos porque llegan a estar asociadas con la feminidad que hemos rechazado en nuestra búsqueda de masculinidad (...) El dolor inspira temor porque significa no ser hombre. Esto significa perder el poder, ver desmoronarse los elementos básicos de nuestra personalidad. Este temor debe ser reprimido porque es inconsistente con la masculinidad dominante.”⁴

Haciendo Hombres: la violencia simbólica patriarcal y sus destinatarios masculinos.

Retomando a Pierre Bourdieu, María Luisa Femenías dice que “la estrategia fundante de la imposición simbólica de formas o de categorizaciones es entenderlas como las únicas legítimas, apropiadas o convenientes (...) La violencia simbólica se ejerce en el ámbito de las creencias (o sistema de creencias de un individuo) y su forma más pregnante es la *ideología*, ya sea la implícita en el lenguaje o la explícitamente manipulada. Todo sistema de dominación (incluyendo al Patriarcado) implica violencia simbólica descalificando, negando, invisibilizando, fragmentando o utilizando arbitrariamente el poder sobre otros/as.”⁵

La violencia simbólica patriarcal también recae sobre los hombres. El modelo de masculinidad hegemónico es una clara expresión de aquella “...creación de estereotipos de generalización excesiva que no dan lugar a la manifestación de las características individuales (...) Estas simplificaciones de rasgo fijo (...) funcionan a la manera de *camisas de fuerza* sobre los individuos (...) Y esos ideales, son por lo general mandatos fuertes socialmente instituidos.”⁶

Los estereotipos genéricos sobre lo masculino y lo femenino, poseen en su excesiva generalización la posibilidad de uniformidad y homogeneización, obstaculizando la manifestación de las particularidades de lxs sujetxs en torno a sus formas de pensar y sentir.

Para facilitar la visibilización de los mandatos patriarcales que pesan sobre los hombres y nuestras formas de pensar, sentir, practicar nuestras masculinidades, se hace uso del concepto de “heterodesignación”, considerado clave a la hora de reconocer nuestro lugar de varones oprimidos, como también de opresores, en el marco del sistema patriarcal.

El ejercicio de esta violencia patriarcal está íntimamente relacionado con lo que Celia Amorós denomina “heterodesignación”, definida por Femenías como “el *lugar*, el nombre, el rasgo, o la *diferencia* por la cual *se nos reconoce* en el espacio público. Esa diferencia nos define *para* los demás. La reproducción de la calificación que nos asegura un lugar dado forma parte del sometimiento ideológico con el que se reconoce

⁴ Kaufman, Michael. Op Cit, pag 8 y 9.

⁵ Femenías, María Luisa. (2007) *El Género del Multiculturalismo*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, pp- 59 y 60.

⁶ Femenías, Ma. Luisa, Op. cit, pp, 70 y 71.

la presencia eficaz de la heterodesignación. Implica producción y reproducción de relaciones de sumisión según una ideología dominante.”⁷.

“Podría resumirse la noción de *heterodesignación*, en términos de expectativas de logro, rasgos identitarios más o menos esencializados, lugares naturalizados y mandatos. En efecto, en el proceso de socialización, los individuos internalizan los modos con los que los demás los designan, al menos hasta que logran *autodesignarse*, es decir, hasta que logran priorizar (si pueden) su propio modo de verse.”⁸.

Este mecanismo es constitutivo del Patriarcado, y la condición de su reproducción está dada por el carácter simbólico de la violencia ejercida, lo cual habilita a su encubrimiento e invisibilización a partir de la naturalización.

Siendo la naturalización de las asignaciones de género, pilar indiscutible de la ideología patriarcal, se apunta a recuperar la potencialidad de la pedagogía de la pregunta como forma de interpelación, cuestionamiento, desnaturalización, deconstrucción, descubrimiento de los mecanismos a partir de los cuales son construidas nuestras masculinidades.

En la incipiente experiencia desarrollada en talleres de educación popular con y entre Varones, un grupo de compañeros nos encontramos frente al siguiente interrogante;

¿Que significa para nosotros ser Varón?

El silencio que siguió a esta pregunta, habilita a múltiples interpretaciones y sin duda, a un sinnúmero de nuevos interrogantes. En este dispositivo pedagógico, los silencios son parte constitutiva de los procesos de construcción de sentidos y de conocimientos.

¿Qué es lo que lleva a que un grupo de personas socialmente identificados como varones, no puedan dar respuesta a una pregunta de tal aparente sencillez?

Una de estas interpretaciones, es las que nos posibilita visibilizar las distancias existentes entre la heterodesignación y autodesignación.

¿Nos definimos como varones o nos definen como tales?, ¿Cuáles son los significados de tales significantes?, ¿Cuán permeables son estas definiciones a la diversidad de deseos, experiencias, que nos constituyen como sujetos?, ¿Qué lugar tienen *nuestras historias* en el lugar que la Historia patriarcal nos asigna?

“La posibilidad de encontrar un lugar propio como individuo depende en buena medida de la posibilidad real de la autodesignación. Consideramos que la autodesignación, como momento positivo, se vincula con lo que Butler denominó *giro trópico*.

Sintéticamente, lo que nos interesa subrayar es que sólo haciéndonos cargo del lugar en que el otro hegemónico nos ha puesto, podemos desde ahí encontrar nuestro punto de anclaje para autodesignarnos. Encontrar en la inferiorización el punto de apoyo para el gesto de *autoinstituirse*.”⁹.

Des-haciéndonos Hombres. De la alienación al diálogo colectivo.

“La alienación de los hombres es la ignorancia de nuestras emociones, sentimientos, necesidades y de nuestro potencial para relacionarnos con el ser humano y cuidarlo. Esta alienación también resulta de nuestra distancia con las mujeres y de nuestra distancia y aislamiento con otros hombres (...) Tal aislamiento significa que el hombre puede permanecer sordo a su propio diálogo de dudas, acerca del problema de obtener

⁷ Femenías, Ma. Luisa, Op. cit, p.73

⁸ Femenías, Ma.Luisa, Op cit. p. 132

⁹ Femenías, Ma. Luisa, Op cit. p 74.

credenciales de masculinidad. En un sentido paradójico, este aislamiento es la clave para conservar el Patriarcado: en mayor o menor medida incrementa la posibilidad de que todos los hombres terminen en colusión con éste, puesto que sus propias dudas y sentido de confusión quedan enterrados”¹⁰

Con el objetivo de aportar a la reflexión sobre la autodesignación como forma de ejercer el poder autónomo de definirnos según nuestras propias leyes, se apunta a la recuperación del legado feminista en relación a las prácticas pedagógicas, los grupos de concienciación y reconocimiento identitario, y la aculturación feminista como espacio de resistencia, ruptura y creación.

Tanto desde la militancia feminista como desde los llamados “nuevos” movimientos sociales, se incorporó la generación de espacios no formales de educación como laboratorios de deconstrucción de la cultura dominante y de generación de sujetxs críticxs y transformadores/as. La educación popular, como propuesta político pedagógica, fue la herramienta desarrollada para posibilitar los procesos de construcción colectiva de conocimientos. Esta, no sólo consiste en generar espacios democráticos de reflexión, apelando al diálogo y la circulación horizontal de la palabra, a la revalorización de los saberes populares, rompiendo con posturas jerárquicas y elitistas del conocimiento, a la utilización de dinámicas lúdicas y participativas. Claro que todas estas son características que hacen a la metodología como también a la política educativa; es decir, no son sólo un medio para facilitar el aprendizaje, sino parte fundamental del proceso político des-enajenante y generador de nuevas subjetividades. Un proceso educativo con sentido emancipador debe, indefectiblemente, aportar al fortalecimiento de la autonomía de lxs educandxs.

La autonomía, es entendida como la capacidad, individual y colectiva, de tomar las decisiones en nuestras propias manos, de autogobernarnos. La valorización de los saberes populares, la importancia dada a la palabra de cada participante en el proceso educativo, son claves para el fortalecimiento de la estima individual y colectiva, para la autovaloración y el autoconvencimiento, para la recuperación de la confianza en sí mismos por parte los sectores subalternizados.

En esta misma línea, se apunta a recuperar, desde la perspectiva de los varones comprometidos con la equidad de género, aquello que Marcela Lagarde denomina “aculturación feminista”, ya que “parte de las vivencias individuales y colectivas de las mujeres y los hombres comprometidos en ese sentido, y conduce a la construcción de un orden simbólico. Implica fenómenos tan complejos como la resignificación subjetiva personal -intelectual y afectiva- y su implantación en la experiencia vivida, la elaboración teórico política de la experiencia, la generación de conocimientos, la construcción de representaciones simbólicas, códigos y lenguajes propios, así como los mecanismos pedagógicos, de difusión y comunicación para transmitir descubrimientos y elaboraciones.”¹¹.

Haciendo hincapié en la propia experiencia, la participación social, y la formación en el pensamiento feminista, “la aculturación feminista conlleva al descubrimiento de lo enajenante de lo propio.”¹².

¹⁰ Kaufman, Michael. Op Cit, pag 11

¹¹ Lagarde, Marcela, (1998) “*Aculturación feminista*”, en Isis Internacional , Ediciones de las mujeres, Nro. 27.

¹² Lagarde, Marcela. Op. cit.

Es en este sentido que el legado feminista se convierte en un aporte estratégico para el trabajo colectivo con y entre varones, ya que “el cambio personal y espiritual de los hombres no será suficiente para hacer frente a los problemas de explotación y desigualdad de poder. Su crecimiento individual no conducirá automáticamente a acciones personales o políticas que apoyen la igualdad de género, y hasta podría ser que ayude a los hombres a acomodar las demandas de las mujeres en un patriarcado más sutil y modernizado. Es por ello que las estrategias grupales y colectivas son vitales para desmantelar la opresión”. Asimismo, “es necesario que procesos de reflexión y capacitación sobre género y masculinidades sean acompañados por alguna organización que permita consolidar procesos de cambio. Encontrar estrategias y herramientas que permitan incidencia eficaz en espacios tradicionales de hombres, ya que la presión para volver al modelo tradicional es fuerte y constante”.¹³

Ni machos...Ni fachos. Algunas claves del trabajo con y entre varones.

- La generación de espacios colectivos de trabajo entre varones, fundados en relaciones de escucha y cooperación, de diálogo e implicación mutua, es en sí misma, una construcción que atenta contra el modelo de masculinidad hegemónica, basado en la competencia, el distanciamiento afectivo y la agresividad entre varones.
- El trabajo desde lo lúdico y lo corporal, generando contactos no violentos entre varones, también posibilita ir venciendo el rechazo homofóbico del cuerpo masculino, desaprendiendo en movimiento, las matrices disciplinares que la educación patriarcal instala sobre nuestros cuerpos.
- El cambio al que muchos aspiran en las relaciones de género está mediado necesariamente por las resignificaciones de los modelos actuales de ser hombre y mujer. La mística, como momento o elemento transversal en el proceso educativo, posibilita la visualización presente de un imaginario social instituyente, donde ese hombre nuevo, deja de ser una entelequia abstracta, para ser la referencia de quienes queremos ser, para dejar de ser lo que somos.

“El Patriarcado no es sólo un problema para las mujeres. La gran paradoja de nuestra cultura patriarcal es que las formas dañinas de masculinidad dentro de la sociedad dominada por los hombres son perjudiciales no sólo para las mujeres, sino también para ellos”¹⁴

“A menos que los hombres se organicen para llegar a otros hombres, los hombres como grupo nunca dejarán de mantener y perpetuar el orden patriarcal, ¿porqué?. Porque para la mayoría de los hombres, la definición de masculinidad hecha por otros hombres es lo que importa más que todo (...) Parte de esta lucha por el cambio personal y social de los hombres es la necesidad de que rompamos nuestro aislamiento de otros hombres (...) En el aislamiento, la mayoría de los hombres continúan aceptando como realidad la

¹³ “*Hombres de verdad o la verdad de los hombres*” – Guía de reflexión con grupos de hombres en temas de género. Pag 10

¹⁴ Kaufman, Michael. Op Cit, pag 19

suposición no probada, sobre lo que significa ser hombre. Esto actúa en la sociedad patriarcal como forma de alucinación colectiva”.¹⁵

“Si partimos de la premisa que los problemas son de género, y que el género se refiere a las relaciones particulares de poder estructuradas socialmente y encarnadas individualmente, entonces podemos ser a la vez críticos del poder colectivo de los hombres, de su comportamiento y actitudes de manera individual, y de ser afirmativos como hombres, diciendo que la destrucción del patriarcado mejorará nuestra vida, que con el cambio todos ganamos, pero se requiere que los hombres abandonen formas de privilegio, poder y control (...) Cualesquiera que sean los privilegios que perdamos, será compensado con creces con el fin del dolor, el temor, las formas disfuncionales de conducta, la violencia experimentada a manos de otros hombres, la violencia autoinfligida, la interminable presión por competir y tener éxito y la simple imposibilidad de cumplir con nuestros ideales de masculinidad.”¹⁶

En este camino por encontrar las formas de abordar los desafíos a que nos enfrenta el orden dominante, las teorías y prácticas feministas tienen mucho que aportar. Sin duda, poder pensar en el lugar de los cuerpos, las subjetividades, las historias personales y las emociones en los procesos educativos, implica poder recuperar la potencialidad de la radicalidad que se gesta en la cosmovisión y en la praxis feminista.

Bibliografía

Lagarde, Marcela, (1998) “*Aculturación feminista*”, en Isis Internacional , Ediciones de las mujeres

Kaufman, Michael; (1994) “*Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres*”

Femenías, Maria Luisa. (2007) *El Género del Multiculturalismo*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmas

¹⁵ Kaufman, Michael. Op Cit, pag 23

¹⁶ Kaufman, Michael. Op Cit, pag 24